



GERMAN BRICEÑO FERRIGNI

PAISANOS Y VECINOS

Coedición
Ediciones del Rectorado
Ediciones de la Academia de Mérida

F2341
M4B7

SERBIULA

F2341
M4B7

GERMAN BRICEÑO FERRIGNI

PAISANOS Y VECINOS

SERBIULA - TULIO FEBRES CORDERO



F2341 M4B7

Coedición
Ediciones del Rectorado
Ediciones de la Academia de Mérida
1998

SERBIULA

PERUCHO

Venía de Caracas, en compañía de ese amigo fraterno y entrañable, que fue Benedicto Monsalve, cuando Perucho, pasajero habitual como nosotros del vuelo vespertino de AVENSA, nos comunicó sin poder esconder la profunda y sentida emoción, que ese día cumplía cincuenta años de haber arribado a Mérida, párvulo aún, para quedarse aquí, sembrado como un ancla en el fondo marino, hecha pedazo de sí mismo la tierra receptora, metida en sus venas, para acrecentarlas de inspiración y poesía, el agua de sus ríos; en fin, invadida toda su espiritualidad por el imprevisto descubrimiento de algo que iría a formar parte de su entresijo más hondo, para siempre y por siempre.

Mientras desenredaban el alijo de los equipajes, brindamos a su salud y por su bienestar, y brindamos por Mérida que desde ese momento contó con un hijo más, de esos que no vinieron a servirse de ella, sino a servirla a plenitud y con total entrega. Aquellos gratos y fugaces instantes, de amenísima charla, salpicada con el salero con que Benedicto sabía aderezar esos ratos de cordialísima expansión, se convirtieron de pronto en el marco propicio para el recuerdo y la nostalgia. Ante Perucho pasaba lenta como un encaje, como rebaño de ovejas de formas caprichosas, como pastores en búsqueda de la estrella rutilante, la neblina merideña, entonces densa como el profundo silencio que caía sobre la ciudad, después que las campanas de sus templos convocaban a la gente al rezo del angelus, la primera y más antigua oración del cristianismo en la que se recuerda, sorprendida y deslumbrada, a la nubil y piadosa mujer, cuyas benditas entrañas fueron desde entonces moradas

del Espíritu de Dios y santuario de su verbo humanizado en la carne de su hijo primogénito.

Después me puse a recordar, yo solo, aquel tiempo cuando los padres jesuítas, en el Colegio San José, ponderaban a Perucho por su comportamiento como estudiante, por sus dotes de extraordinario deportista, por la reversibilidad de su corazón generoso y humano. Más tarde supe de su brillante carrera universitaria, de las cátedras que profesaba y dictaba con sabiduría y elocuencia, de su laboriosa actividad gremial, de su preocupación por los desvalidos y desamparados, a los que se refiere precisamente el reciente documento que, con aprobación y adhesión pontificias, emitió la Congregación para la Justicia y la Paz, en la que clama y urge para que los bienes se distribuyan y circulen con mayor sentido de equilibrio y hermandad, con ánimo sincero de aliviar la mustia vida de los pobres, de erradicar la llaga sangrante de los miserables, para los que no hay justicia, ni siquiera caridad. Para los que no hay paz (cómo podría haberla si viven bajo el asedio y el tormento de su familia?) ni tranquilidad, ni sosiego, reseca como está ya la flor de su esperanza.

Desde muy joven anudé con Perucho una amistad muy estrecha y diáfana, que no se ha oscurecido ni menguado, pese a los avatares de la procelosa vida que nos ha tocado sobrellevar, por nuestro carácter de hombres públicos, algunas veces situados en posiciones diferentes, en ocasiones opuestas. Esa amistad, para asombro de quienes no le rinden culto a tan hermoso modo de relacionarse y, por lo mismo, están prestos para la inconsecuencia, se mantiene como hace cuatro décadas, clara, viva, militante. Y así continuará porque somos hombres cuya pasta nos hace rechazar la ingratitud y el oportunismo, acomodaticio y convencional, del fingimiento.

Jóvenes ambos, nos correspondió trabajar juntos en arduas tareas de reconstrucción universitaria, luego de ocurrido el 23 de Enero. El como Rector y yo como Secretario de la ULA, trabajamos compaginadamente, con espíritu de armonía y solidaridad. Y dimos mucho de nosotros en la hora exigente y acechada y, porque no decirlo, peligrosa, que vivió nuestro país

luego del derrocamiento de la dictadura. Fueron días de asedio, de acecho, de riesgo. Pero los superamos y hoy Venezuela se ufana de contar con la más estable y abierta democracia de América Latina. Nadie podrá escamotearle a Perucho, y creo que a mí tampoco, los servicios que prestamos y seguimos prestando, con denuedo, para fortalecer nuestras instituciones.

Perucho ha cumplido tres décadas en el ejercicio del rectorado, casi seguidas y continuas, lo que constituye un caso de excepción en nuestro sub-continente. Las ha cumplido en medio de ingratos y a veces amargos sinsabores a los que ha enfrentado siempre con alegría y optimismo. Esa alegría y optimismo contagioso que dimanaban de él como de una fuente de agua generosa. Nunca una mirada sombría ha salido de sus ojos y nunca se le ha visto el gesto petulante y altanero, sino la humilde y serena compostura de quien nació para comprender y conciliar. Estas virtudes han sido en su mano arma poderosa para persuadir, para convencer, para sembrar reconciliaciones donde hubo agudas controversias y ásperas discrepancias.

He formado parte del entorno amistoso y familiar de Perucho. Gonzalo, el marxista indeclinable, fue mi profesor y luego confidente que solía, aunque no se empeñase en mostrarlo, dar brillo a las tertulias con la radiante luz de su inteligencia esclarecida. Filadelfo mi compañero de partido, casado con la dulce Lucilita. Yolanda y Rada quienes en medio de su vida solitaria y fecunda, bajo las brumas de Los Chorros de Milla disfrutaban de la naturaleza observando las barbas mosaicas de los bucares, las sonrosadas pomos de los pomarrosos, el tronco contrahecho de los cíbaros, el muelle verdor de los helechos, las blancas corolas de las calas y azucenas. Y doña Vitalia, Vitalona como la llamaba mi suegra doña Evita, émula y rival de ella en la ternura, que ofrendó la flor de su joven viudez para, en medio de estrecheces y pobreza, cargar con la parvada inocente, levantarla y educarla para que llegaran a ocupar dentro de la sociedad un sitio respetable.

En la oportunidad de los treinta años rectorales del doctor Pedro Rincón Gutiérrez, no escribo para juzgar si sus rectorados,

receptorado, mejor en singular, fueron buenos o malos, sino para decir que Perucho ha sido, por encima de todo, un hombre bueno, servicial y útil.